

SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORES HONORIS CAUSA  
HENRI R. MANASSE Y EIKICHI HAYASHIYA

---

Salamanca, 21 de octubre de 2010



*Discurso del Dr. Eikichi Hayashiya*

Doctor Honoris Causa de la Universidad de Salamanca.  
Excelentísimo y Magnífico Rector de la Universidad de Salamanca.  
Distinguidos Señores Catedráticos.  
Señoras y señores.

Hace casi 70 años que me hallé por primera vez en esta gloriosa Universidad de Salamanca, colmada de laureles a lo largo de sus ocho siglos de existencia. En aquel lejano entonces, para registrarme en su Facultad de Filosofía y Letras en calidad de alumno oyente. ¡Y esta vez hallarme nuevamente aquí no ya en calidad de alumno sino para aceptar y agradecer profunda y humildemente el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Salamanca, que ha tenido a bien otorgarme. No sé cómo expresar la emoción que siento al recibir tan alto honor, mientras me pregunto a mí mismo qué méritos podría yo tener para recibirlo.

Si tuviera algo de qué enorgullecerme sería el ser el más antiguo de los estudiantes japoneses en vida que llegamos a aprender en esta Universidad, y el seguir guardando los recuerdos de una feliz y muy fructuosa estancia de tres años con profunda gratitud y hasta con nostalgia. De una cosa estoy cierto: mis méritos para el alto honor que la Universidad de Salamanca me está acordando los debo en gran medida a esta misma Universidad, que tanto contribuyó a mi formación humana e intelectual y que me hizo amar aun más y hasta vivir la hermosa lengua de Cervantes, con que me había preparado durante 3 años la Escuela Superior de Lenguas Extranjeras de la hoy Universidad de Osaka. Ruego a todos que en esta ocasión me permitan contar mi caso en los siguientes recuerdos.

El 15 de mayo de 1941, a mis 22 años de edad, me embarqué en el puerto japonés de Kobe. Durante el mes y medio viajando por la ruta entonces obligada entre Japón y Europa, donde ya comenzaba la Guerra Mundial, pasé el Océano Pacífico, el continente americano y el Océano Atlántico. Desembarqué en Lisboa y seguí por tierra para Madrid donde estuve unos días.

Y por fin en la ciudad de Salamanca, mi destino, el 31 de junio de 1941, para estudiar en la Universidad. Mi primera impresión de la ciudad fue excelente. De inmediato me enamoré de ella. ¡Aquel misterioso ambiente que creaban los tintes amarillentos de los edificios, y la hermosura de la plaza mayor! ¡Sus catedrales majestuosas! Y la Universidad: ¡Qué delicadeza de fachada! ¡Qué elegancia!

En el curso de la Facultad de Filosofía y Letras en que me registré, había 27 alumnos, y unos 50 en la Facultad de Derecho en la cual debía tomar yo dos asignaturas. Llegué a las clases con la



confianza de que podía entender todas las explicaciones de los profesores, pero la realidad no era tan fácil. De todos modos, me consagré con ahínco al estudio de la Historia de España, Literatura Española, Historia de la Lengua Española, las Artes Españolas, Historia del Derecho Civil y Filosofía del Derecho. Al principio, en muchas clases, una de las cosas que recuerdo bien es el ansia con que esperaba la llegada del bedel que venía a anunciar la terminación de las clases con un imperativo "la hora, señor catedrático".

Me viene también a la memoria la ayuda que me prestaban los apuntes de las condiscípulas para comprender las asignaciones escogidas. Casi todas las tardes, me dedicaba a la lectura y a descifrar en la biblioteca las letras de las amables compañeras, de suerte que con esta ayuda, poco a poco fui comprendiendo hasta llegar a finalizar el curso con una comprensión bastante avanzada. Además, la afabilidad de los profesores y su trato lleno de simpatía fuera de las clases, estimularon mi interés especialmente en la historia y en las artes.

Me emocionaba al aprender en las clases de la Historia de España por el profesor José María Ramos, y en las de Filosofía del Derecho por el profesor Elías de Tejada algunos detalles de colonización española en las Indias junto con su legislación. Imaginé que sería en una de estas aulas donde escuchaban los jóvenes de entonces las enseñanzas de Vitoria sobre la necesidad de respetar los derechos humanos y alzaban sus voces contra los excesos cometidos por los colonizadores.

Cerca de la casa donde vivía estaba la plaza de Colón, al mirar su estatua pensaba que el lugar adonde se dirigía su dedo índice levantado era además precisamente mi país, Japón Cipango. Y también estaba el Convento de San Esteban, donde operó la comisión para estudiar el plan de la gran navegación, presentada por Cristóbal Colón a la Reina Isabel la Católica, me hizo sentir muy cerca del Descubridor de América. Sobre este Colón publiqué la traducción de "Diario del Primer Viaje" y las "Cartas" de los cuatro viajes hace 30 años, y aún sigue siendo mi tema de estudio.

Otro tema que me capturó fue el de Artes de España bajo la enseñanza del profesor Aprais. Visitas a templos y edificios de importancia con explicaciones del estilo e historia de cada edificio por el profesor Antonio Boiza, me hicieron muy fructíferas mis visitas a los monumentos históricos. El conocimiento adquirido en este periodo me ayudó para escribir varios artículos sobre la pintura y arquitectura de España inmediatamente después de mi regreso al Japón.

Me haría interminable si tratara de referirme a todos los profesores que tengo en mi gratitud y en mi memoria. Con todo, no puedo dejar de mencionar especialmente al profesor Don Antonio Tovar, quien fue realmente con el que más en contacto estuve, fue mi maestro y consultor.

Recuerdo que tan pronto como terminé mi primer trimestre, Don Antonio me incluyó en un grupo de estudiantes que se reunían de vez en cuando y editaban una revista llamada "Lazarillo" en la que tuve la oportunidad de aportar artículos sobre la vida, tradiciones y costumbres del Japón bajo el seudónimo "Semilla del Té", con la ayuda de un compañero de clase, mi inolvidable escrupuloso estilista Cesar García Sánchez. Este César no solo me corregía mi borrador sino que también me ayudó a preparar la primera conferencia que pronuncié en español, allá por febrero de 1943, con el tema de "Enseñanza de la Pintura en las Escuelas Primarias del Japón". Me sorprendió el alto nivel



de audiencia y su eco en la prensa local, que mereció la conferencia, tenida en el Colegio Fray Luis de León en Salamanca.

Mi vida en Salamanca no se limitaba a los estudios. Había también fuera del recinto universitario lugares de enseñanza. Estaba en primer lugar la "Plaza Mayor" con su obligatoria "Vuelta a la noria" que muchos hacíamos dos veces al día: antes de comer y de cenar. Esta plaza fue asimismo un lugar de búsqueda y encuentro de los amigos, y también de aprendizaje. A mí, por ejemplo, me enseñaron con insistencia mis compañeros a echar piropos a las chicas, práctica que a mí me era muy difícil. Se daban también las tertulias después de las comidas o antes de cenar casi todos los días. Aquí entra el inolvidable grupo de los mayores: el médico Don Antonio Calama, quien fue protector legendario de estudiantes japoneses, el abogado Izquierdo, el farmacéutico Urquidí y otras importantes personas de quienes aprendí muchísimo sobre la sociedad, las costumbres o las leyendas, sin faltar diversos chistes.

Son de entonces mis recuerdos sobre los teatros y zarzuelas llegados de Madrid de vez en cuando, y la pesca de cangrejos, la cacería de liebres y corrida de toros — los domingos. Una vez en una dehesa, donde adquirí mi sobrenombre de "Niño de Fujiyama", puesto por un inolvidable compañero, Rafael Santos Torrella.

¿Y qué decir de aquellos tres cursos de verano, a saber: el de Santander, muy bien aprovechado, el de Santiago de Compostela sobre el galaico-portugués con excelentes recuerdos del profesor Moraleja, y el de La Rábida? El de La Rábida, en particular, me interesó mucho por las clases que incluían varios aspectos del descubrimiento del nuevo mundo, inclusive la cultura indígena. Además se daban las clases en el mismo convento en que estuvo Colón.

En mayo de 1944 terminaron mis días de estudiante y me incorporé en la Legación (Embajada) de Japón en Madrid. Sin embargo, sólo un año después, en mayo del 45, el Gobierno de Franco rompe las relaciones diplomáticas con Japón quedando yo en calidad de internado junto con todos los miembros de la misión diplomática en la misma Legación, hasta enero del 46 cuando salí de Barcelona en el buque español "Plus Ultra" hacia Manila.

En cuanto al internamiento, yo pude aprovechar aquellos nueve meses para leer libros y estudiar solo. Agradecía mucho las visitas de mis amigos que estaban permitidas, sobre todo las periódicas de Paco Rodríguez Adrados, quien me enseñaba la tina. En este punto, el profesor era eminente, aunque este alumno le salió fatal.

En los años transcurridos desde mi regreso al Japón y la feliz reapertura de las relaciones diplomáticas con la entrada en vigor del Tratado de la Paz en 1952, hasta mi jubilación en la carrera diplomática en 1984, tuve la oportunidad de visitar casi todos los países del continente americano, viviendo además en México, Argentina y Bolivia. Comprobé entonces la grandiosidad de la obra hispánica en la zona, y jamás me olvidé de mi Universidad de Salamanca, de cuyo prestigio gocé en una y otra nación por donde pasaba.

Sobre todo en Nueva España, México, que fue mi primer puesto diplomático en el exterior, donde pasé diez años, divididos en dos períodos, pude conocer a varios intelectuales y trabajar con ellos



muy fructíferamente. Me refiero principalm ente a los señores Miguel León Portilla y Octavio Paz. Con el primero, traduje al idioma japonés y publiqué en Japón parte del “Diario de Chimalpain”, y con Octavio tradujimos y publicamos la obra poética japonesa “Sendas de Oku”, experimentando lo difícil y lo interesante que es traducir poemas cortos japoneses con un gran poeta del otro idioma. También hice traducciones al japonés, que publiqué posteriormente, la mitología maya Popol Vuh, con la ayuda epistolar de Adrián Recinos, traductor del quiché al español, lo mismo que sobre "Relación de las Cosas de Yucatán" por Padre Landa.

Estando yo en el cargo de embajador en Bolivia desde el año 1978, recibí un cable del Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón que me anunciaba mi nuevo destino: Embajador en España. Nada, como este cable, pudo serme tan placentero en mi vida diplomática. No tengo palabras para ponderar el gusto con que acepté dicho nombramiento.

Una vez hu be presentado mis credenciales ante Su Majestad el Rey de España, y terminadas mis obligadas visitas protocolarias, lo primero que hice fue venir a visitar a Salamanca comenzando, sobra decirlo, por su Universidad. Cada año, durante los tres en que estuve desempeñando mi cargo, vine aquí con bastante frecuencia, pronuncié dos conferencias sobre la cultura japonesa, y tuve el placer de recibir el título de "Profesor Ad Honorem" de manos del rector Pedro Amat antes de dejar mi puesto de embajador. Texto de estas dos conferencias fue publicado por esta Universidad con el título “Tradición poética y teatral del pueblo japonés”, en 2001.

Reflexionando sobre lo observado durante mi estancia en España, me di cuenta de la necesidad de incrementar aun más el intercambio cultural entre Japón y España por medios tales como el conocimiento de los idiomas y culturas. Y tuve que lamentar no haber visto durante aquellos años míos en España sino una sola Universidad (en Barcelona) con cátedra de idioma japonés, ya que la segunda fue creada en la Autónoma de Madrid en 1985. Desde entonces no me salió de la cabeza el sueño y esperanza de que algún día en la Universidad de Salamanca habría clases de japonés y de la japonología. Y ya saben todos que esta modesta esperanza se fue convirtiendo en realidad.

En esta ocasión no puedo dejar de recordar la simpatía que los emperadores de Japón han mostrado a Salamanca y a la Universidad de Salamanca con dos visitas: la primera en 1985 como príncipes herederos, y la segunda en 1994, como Emperadores en visita de Estado. En esta segunda visita escucharon en la catedral nueva el órgano reparado por el organero japonés Hiroshi Tsuji, con el apoyo moral de S.M. la Emperatriz y la amable gestión del Profesor Alberto Navarro y del Padre Victoriano Pilo. Cabe notar que dicha segunda visita a España, constituyó asimismo la primera visita de estado de Sus Majestades al exterior.

Así surgieron la cátedra del idioma japonés en 1996, y la creación en 1998, como un organismo de la Universidad, del Centro Cultural Hispano-Japónes, con un aula en que se puso una placa que decía: "Aula Magna de S.M. la Emperatriz Michiko" y otra placa en la entrada, con los nombres de 40 compañeros y una institución que contribuyeron a la restauración del Palacio San Boal. De tal suerte, en diciembre de 1997 establecimos en Japón la Asociación "Universidad de Salamanca" para cooperar con el Centro Cultural, bajo la asistencia de Ignacio Berdugo, quien fue protagonista de este programa.

Quizás el resultado de una encuesta reciente realizada por la Fundación del Japón pueda dar luz sobre la repercusión de todos estos esfuerzos. Señala dicha encuesta que entre 1998 (en que se estableció el Centro Cultural en esta ciudad) y el año pasado (2009), se registraron en España los siguientes aumentos relacionados: 1.390 estudiantes en 1998, y 4.323 en 2009, más del triple, 26 establecimientos (universidades, etc.) en 1998, y 56 en 2009 más del doble. El porcentaje de incremento durante estos once años, coloca a España en primer lugar entre los países europeos, aunque España siga todavía en quinto lugar en cuanto a número de estudiantes y en cuarto lugar en



**Área de Protocolo**  
**SECRETARÍA GENERAL**

Patio de Escuelas, 1. 37008 - Salamanca  
☎ (34) 923 29 44 23 - ☎ (34) 923 29 44 94  
[protocolo@usal.es](mailto:protocolo@usal.es) - [www.usal.es](http://www.usal.es)

Esperando el firme desarrollo de la enseñanza de la japonología en Salamanca, y decidido a seguir el camino, ya corto, de mi vida tratando de responder al honor que esta Universidad me ha otorgado, termino mis palabras de gratitud por el inmerecido privilegio en que me encuentro, haciendo votos por la prosperidad de la Universidad de Salamanca, de esta ciudad y de toda España. Muchas gracias.